# Prometeo intelectual: facetas de una personalidad

Eloy Fernández Clemente

Al intentar trazar un retrato intelectual de Costa nos sorprende de la variedad y **complejidad de sus perfiles**, a veces contradictorios, y el peso, aún, de los excesos de muchos de sus biógrafos, que al atribuirle grandes virtudes y defectos nos alejan del hombre concreto, mitificándolo. Como en el Jano bifronte, casi siempre van juntas la grandeza y los defectos del ser humano, haz y envés, y así ocurre con él, de modo que unos implican los otros, y el total da ese perfil esquivo.

En los pasados siglos XIX y XX europeos y norteamericanos, no fue raro el caso de grandes figuras de la cultura, la economía o la ciencia que superaron su **origen humilde** con un gran esfuerzo acompañado de una gran valía personal (y a veces también de mucha suerte). Fue uno de ellos el de Joaquín Costa, nacido en una familia de pequeños campesinos de Monzón y Graus, en el Alto Aragón, carente de medios para realizarse, pero que **no dejó nunca de estudiar**. Forzado por sus limitaciones físicas (una enfermedad congénita y progresiva, que le llevará a un retiro temprano de toda actividad pública y a la muerte a los 64 años), a la vez que trabajaba en diversos oficios ajenos a la agricultura familiar, se graduó primero de maestro (lo que entonces se hacía ingresando directamente, desde la escuela primaria), habiendo por ello de alcanzar luego el bachiller, único camino hacia la Universidad.

Fue estudiante siendo mozo ya, con la mezcla de humillación que eso suponía junto a chicos más jóvenes, y el prurito de ser el mejor precisamen-

te por ello y a pesar de todas sus dificultades. Tuvo **problemas de comprensión**, dificultades para el estudio, de lo que se queja, con grave preocupación por su desarrollo mental: «no sirvo para estudiar... me turbo cuando he de hablar delante de personas cultas. Soy un desdichado» y años después anota: «Sostengo una perpetua lucha conmigo mismo; no puedo sujetar la atención a que recoja y grabe en la memoria los detalles de la legislación positiva...» Poco después, con apenas veinticinco años, escribe: «Estoy muy triste, tengo el mal de los libros, el mal de la ciencia... Estoy triste, muy triste, y ¡pensar que hay tantas calabazas que estudian y pensar que mi cerebro ha de consumirse en la obscuridad, y mi corazón secarse en viudez perpetua. No puede ser, eso no puede ser».

Esa obsesión por alcanzar una comprensión profunda, clara, crítica, resultó ser el mejor camino para el desarrollo de su inteligencia, labrado con desazón y paciencia, pero esculpido a buril lo así fundamentado, para saltar hacia nuevas metas. En su época estudiantil, se trataba en la mayoría de los casos de obedecer, asumir lo ofrecido por los manuales, bastante deficientes casi siempre, «catecismos» no sólo religiosos sino de todo tipo, y en especial en el caso de las ciencias sociales, llenos de tópicos, de manipulaciones ideológicas, de torpezas metodológicas. El mundo que se abría ante un escolar primario, o un estudiante de bachiller, magisterio, comercio, era muy limitado. Por eso supuso un tramo decisivo en su formación la «beca» que recibió a los veinte años para trabajar en la instalación y el control de visitantes del pabellón español de la gran Exposición Internacional de París. El mundo civilizado se mostró de golpe ante sus asombrados y curiosísimos ojos. **Todo le interesaba**: los más ilustres visitantes, las maravillas de la industrialización y las nuevas colonizaciones, el idioma francés, que dominaría.

Costa se pregunta, tan ambicioso como dubitativo: ¿qué estudiar? Baraja incluso hacerse fraile o militar, las dos viejas salidas del segundón del Antiguo Régimen. Las desecha y decide ir a la Corte, donde se puede avanzar más deprisa, con mejores profesores, bibliotecas, oportunidades. Estudiará Derecho y luego Letras, aunque cada matriculación suponga una nueva carga familiar. Derecho es la carrera casi universal de las familias burguesas, de los políticos, de la gente de negocios; permite el acceso a multitud de destinos, empleos, puestos. Y da una imagen cerrada del mundo a través de normas, ordenaciones, seguridades.

De modo que **el Derecho** va a regir casi toda su vida profesional. En sus años de juventud estudia, trabajando como oficial letrado, el *Derecho consuetudinario del Alto Aragón*; trabaja como hombre de confianza en el bufete del ingeniero, economista y abogado Gabriel Rodríguez; colabora en la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia* y en la *Real Academia de Jurisprudencia* (donde presenta sus *Estudios jurídicos y políticos* y *Teoría del hecho jurídico individual y social* y, más adelante, será profesor y hará un *Plan de una Historia del Derecho español en la antigüedad*); participa muy

destacadamente en el *Congreso de Jurisconsultos Aragoneses*. Y, tras su acceso al cuerpo de notarios (Granada, Jaén), aboga por la *Reorganización del Notariado, del Registro de la Propiedad y de la Administración de Justicia* (1890). Vuelve a esos temas en 1901 con su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas sobre *El Problema de la ignorancia del Derecho y sus relaciones con el «status» individual, el referendum y la costumbre*; y, en años siguientes estudiará aún temas jurídicos relevantes, como *Derecho consuetudinario y Economía popular en España* (1902).

Pero si el Derecho le da una gran base profesional, **el mundo de las Letras** es la gran pasión que le acerca a casi todas las demás preguntas, a la Cultura en el sentido más amplio. Opción que, sin embargo, resulta ardua y llena de obstáculos. En cuatro años ha culminado ambas carreras y se doctora en Derecho con premio extraordinario; pero tras terminar brillantemente el doctorado en Letras, ha de esperar para optar al mismo premio: ya casi no quedan a su familia tierras por vender para pagar las tasas. Cuando lo consigue, bajo el clima de euforia conservadora de la Restauración canovista, es otro candidato el que obtendrá el preciado premio: Marcelino Menéndez y Pelayo, a pesar de que le supera Costa con una mucho mejor actuación. Ignacio Peiró lo explica por «su falta de habilidad para desenvolverse en los medios académicos»: entendemos bien el eufemismo. Se refuerzan e intensifican sus largos periodos de pesimismo y depresión. Aún no ha cumplido treinta años y exclama: «No puedo más conmigo. He hecho esfuerzos titánicos, gigantescos, he prodigado mi vida, he consumido mi salud y... todo ha sido inútil. ¡La indignidad se ha llevado el fruto del trabajo!».

Esa sensación durará toda su vida, pues tras varios episodios humillantes o irritantes, sufre el que quizá sea su principal fracaso: haber de desarrollar toda su investigación, conferencias y publicaciones, **al margen de la Universidad**. O renuncia por principios, o es relegado, o es seleccionado en una terna y se niega a que un ministro elija entre ellos al catedrático por razones políticas. Cuantos hemos tenido la inmensa suerte de pertenecer a esa «materna» institución, sabemos del calor con que arropa a sus miembros, los medios materiales e intelectuales que ofrece, el foro de discusión y el apoyo que los colegas suponen para perfeccionar con críticas amistosas el trabajo. También, claro, que «docendo discimus», la enseñanza da vida y realismo a nuestras reflexiones. Es en ese sentido, en el de una no realizada «carrera académica» regular en el que algunos le ensalzaron como «autodidacta», para enfado de su sobrino nieto, don José María Auset Viñas, guardián del despacho de Graus hace poco fallecido. Lo fue, y desde mucho antes, saciando su avidez en bibliotecas y librerías, en correspondencia con amigos y colegas, en lecturas y reflexiones.

Sólo en parte quedará resuelta esa carencia con **su vinculación a la Institución Libre de Enseñanza**, donde encuentra a un grupo de maestros y colegas, también algún discípulo, con quienes contrastar y poner en prác-

tica sus ideas sobre educación, derivadas de lecturas y experiencias: Giner, Altamira, Gumersindo de Azcárate, Labra, Álvarez Buylla, Aniceto Sela, Salillas. Amigos de gran calidad intelectual y moral, con quienes colabora y enseña, de quienes recibe ideas, muchas ideas, sentimientos, ánimos. Suponen, proyectado en el tiempo su ideario hasta la II República y saltando sobre la dictadura franquista hasta nuestros días, el mayor movimiento de renovación pedagógica de un país notablemente atrasado, la gran ocasión de modernizar teorías y técnicas y acercarnos a Europa.

Costa, como resultado de esas vivencias docentes, de esas lecturas de grandes autores extranjeros y propios, de ese clima intelectual que propicia la ILE, propone la enseñanza globalizada, las misiones pedagógicas, una enseñanza media más didáctica, el cuidado extremo en la formación de maestros y profesores, la supresión de los exámenes por asignaturas, el régimen tutorial, la importancia de la educación física, autonomía universitaria, creación de colegios mayores y becas en el extranjero, dotación actual y moderna de libros y revistas en las bibliotecas, proyección social de la Universidad, intensificación del trabajo personal de investigación, apertura de la escuela al mundo, educación natural, espontánea, amorosa y disciplinada del niño, todo ello sintetizado en su intervención en el Congreso Pedagógico Nacional de 1882. Es, dándole la vuelta, mucho de lo que no encontrara él mismo en aquella escuela, aquella Normal, aquel instituto, la propia Universidad entonces «Central». Y cuando se aleje, un enigma aún, de la ILE, que no de varios de sus líderes, seguirá trabajando con instituciones y gentes semejantes, en varias reales academias o en el Ateneo madrileño.

No fue, pues, como soñara, catedrático de Universidad; no ejerció apenas la notaría, y toda su vida **careció de suficientes recursos económicos** aun para el tipo de vida que llevaba, realmente austero y modesto. Es, junto a su enfermedad, la otra gran limitación con que hubo de luchar: una situación económica familiar rayana en la miseria, a la que se unirá un peculiar enfoque del tema económico durante toda su vida. Fue lo que los anglosajones descalifican como un *unpractical man*. Su pariente y biógrafo Pedro Martínez Baselga, da fe de la escasez, pobreza y hasta miseria en que vive, agobiado casi siempre por una sucesión de «pequeñas deudas que le abrumaron desde que fue muchacho». Es recurrente su recuento de carencias económicas, pedidos de préstamos, cartas al padre, a los amigos, súplicas. Con frecuencia elude a la patrona, a la que debe meses de pensión. También enumera la lista de cobros que consigue por sus colaboraciones en varias revistas, o la busca de premios remunerados. Por lo que llegará a escribir: «Sufro la obsesión de las deudas y de los enojos...».

Y una tercera llaga, junto a la mala salud y mala economía: **la soledad**. Vivió solo durante toda su vida, alejado incluso de la mujer que le amó y fue la madre de su única hija; con muy escasa vida social, exigente con todos y sobre todo consigo. Respetado y querido, pero con pocos amigos ínti-

mos, Cheyne editó las tres magníficas colecciones de correspondencia con Giner, Bescós y Altamira, los más precisos y veraces autorretratos junto con su diario y la obra literaria, que editara amorosamente Agustín Sánchez Vidal, en la que, asegura éste, «va trazando de forma paralela a su vida pública una especie de itinerario para uso propio de unos cuarenta años de duración que, prácticamente, se extingue sólo con su muerte». Textos que, señala Sánchez Vidal, tienen el valor de «sorprenderle muy desinhibido, expresándose en términos todavía más explícitos que en sus manifestaciones públicas»: una vieja práctica de supervivencia intelectual en un clima hostil, que explica el propio Costa: «Convencido de que no tendría patria como yo mismo no me la crease, me recogí en mi pensamiento; y allí la he vivido tal como la había soñado». De modo que podríamos decir, con Luis Antón del Olmet, que Costa «se hizo solo y vivió solo».

Otro rasgo, ya mencionado, es el de ser un **trabajador compulsivo**. Martínez Baselga, primo y biógrafo de Costa, afirma: «Ducay, que es quien ha tratado más íntimamente a Costa desde niño, calculaba que de los 65 años que vivió, trabajó durante 50 a razón de diez y seis horas diarias... Y es que Costa tenía mucho trabajo retrasado. Tenía tal cantidad de legajos que no cabían en un carro de mudanzas, y como calculaba que por mucho que viviera no podría terminar su labor, se daba prisa, muchísima prisa, y por eso trabajaba tan desenfrenadamente». En cierta ocasión escribe a Altamira, «me falta tiempo». Y en otra a Bescós: «Tengo un retraso enorme en la correspondencia».

Ese afán por saber, por vincular todas las ciencias sociales y sacar conclusiones nuevas, por divulgar con rigor y claridad sus estudios, es algo que hace siempre arrastrado por la impaciencia, el inconformismo, con casi todo y consigo mismo. Algunos críticos le han achacado mal humor, ser alguien amargado; pero era dulce con los niños, amable con los ancianos, paciente con los débiles. Se ha contado que, absorto por los trabajos en que se ocupaba, ocurrió en varias ocasiones que cuando la mujer que le atendía le traía la cena... ¡aún no había tocado la comida! Esa mezcla de pesimismo, misantropía, ataques de mal humor, sus «huidas», la «melancolía incurable» (según el conocido artículo de Azorín), etc., no impiden que también se le recuerde por su humor socarrón, y su distingo, tan aragonés, entre la seriedad y la formalidad.

Fue, sin ninguna duda, **un gran intelectual** con una inteligencia excepcional y unos conocimientos enciclopédicos. Entre los estudiosos de las Ciencias Sociales (Derecho, Historia, Economía, Sociología, Lingüística, Antropología, Pedagogía, Ciencia Política...) hay conciencia de su valía: su obra fue extensa, sus lecturas muy actualizadas, sus propuestas científicas, aunque condicionadas por su época, modernas e innovadoras. De no haber intentado abarcar tantas disciplinas y haberse ceñido a una sola, hubiera alcanzado, por su enorme capacidad de trabajo e inteligencia crítica, una cumbre universal.

Por ejemplo, en plantear, frente a los simples y tendenciosos tomos que analizaban apenas el pasado político, una Historia multidisciplinar que se hubiera adelantado un siglo a lo que hoy se estudia. Para Alberto Gil Novales, que ha analizado magistralmente su tesis doctoral en Letras, *Historia crítica de la Revolución Española* (1875), «resulta impresionante este elenco de fuentes y de autores en torno al problema de la revolución». Y destaca la aceptación admirativa de Costa por la independencia de los Estados Unidos, que vincula, cosa rara entonces, con la revolución inglesa del XVII. En cambio, mantuvo sus recelos con la Revolución francesa, tanto por las «violencias y excesos» cuanto porque, en su opinión, «devoró las revoluciones históricas y nacionales» y condujo a Napoleón, a quien critica por volver a formas monárquicas. Había leído a Burke y la Escuela Histórica, a Guizot y Tocqueville, también a Macaulay y Michelet.

En otras ciencias sociales, en las que fue pionero, destaca su **agudeza en el método**. El gran antropólogo Lisón Tolosana ha estudiado sus artículos sobre costumbres, religión, folklore, mitología y literatura popular, constatando que realizó 56 publicaciones de carácter etnográfico-antropológico. Y se entusiasma ante su actitud científica: «está seguro de que hay que beber en el manantial de la cultura popular, que hay que ir al campo, dialogar con la gente, observar al pueblo en acción, recoger directamente los hechos vivos, palpitantes». Algo parecido ha escrito sobre su aproximación a la lingüística Juan J. Pujadas: «Costa tuvo la capacidad de plantear fértiles intuiciones interpretativas respecto a la historia de las hablas dialectales interpretativas altoaragonesas y, a la vez, de interesar a importantes romanistas franceses, como Morel Fatio y su discípulo Saroïhandy, en el estudio de las *hablas vivas* pirenaicas».

Sin embargo, fue sobre todo conocido por sus estudios y luchas en pro de **la modernización de la agricultura** y la economía en general: destacan sus escritos agrarios, finalmente muy bien sistematizados (por Alfonso Ortí y Cristóbal Gómez Benito), estimulados desde su participación en los *Congresos de Agricultores y Ganaderos* (1880-1881) y vertebrados políticamente en sus campañas por todo el Alto Aragón (1892 en adelante), con diverso éxito. Uno de los grandes temas es siempre la potenciación de la producción agraria gracias al regadío, mediante obras hidráulicas que debe hacer el Estado, en opinión de Costa. Tras regresar, por fin (1893), a una plaza de notario en Madrid, tiene ahora una visión mucho más política y científico-social, preparando su magna obra *Colectivismo agrario* (1898), en que hace una dura crítica de la destrucción por las desamortizaciones y otras prácticas de ancestrales sistemas de propiedad comunal, que describe muy documentadamente. Entre otras propuestas que, de modo sintético presenta así en 1902 el hijo y nieto de pequeños campesinos, están: «cambio radical en la aplicación y dirección de los recursos y energías nacionales (presupuesto volcado en educación, colonización interior, obras hidráulicas, repoblación forestal, investigación científica...); abaratamiento rápido del pan y de la carne, aumentando la productividad y fa-

voreciendo el crédito agrícola; mejoramiento de los caminos de herradura; suministro de tierra cultivable, con calidad de posesión perpetua y de inalienable a los que la trabajan y no la tienen propia; legislación social (contrato de trabajo, seguro social, cajas de retiro); sanear y europeizar nuestra moneda, mediante la europeización de la agricultura, de la minería y del comercio...».

Todo ello nos lleva a considerar su imagen global, la de **un gran político**, radicalmente honesto y audazmente crítico, un orador de gran valía, que bajo el habitual estilo declamatorio, de periodos largos y argumentaciones acumulativas, resulta convincente en el razonamiento, y contagia a muchos en sus batallas contra la corrupción política. Una señal de su extrema honradez es su reflexión cuando, en vísperas del 98, tras hacer un duro esbozo de las circunstancias en que duerme y malvive el país, exclama: «Deseo *rabiosamente* equivocarme», sabiendo que, por desgracia, no es así.

En sus durísimos escritos tras el Desastre (no olvidemos, no lo ha hecho la agudeza de Rafael Bardají, que es también un gran periodista), *Quiénes deben gobernar después de la catástrofe, Reconstitución y europeización de España* conecta y a su vez es evocado por diagnósticos más o menos afines y coetáneos: los de Mallada, Macías Picavea, Joaquín Sánchez de Toca, Ganivet, el primer Unamuno, Damián Isern, Maeztu, César Silió, Morote, o científicos como Rodríguez Carracido, Comás Solá, Cajal y varios de sus amigos del entorno de la Institución Libre de Enseñanza. Es el Regeneracionismo español, movimiento político, social, ético (mucho más eficaz que la llamada generación del 98), del que él es ya figura principal.

Y sintetiza así sus escritos, de extraordinario vigor, sus denuestos contra la dinastía gobernante, su queja contra la profunda corrupción del sistema, y su sueño europeísta: «No es la forma de gobierno en España la misma que impera en Europa, aunque un día lo haya pretendido la *Gaceta*: nuestro atraso en este respecto no es menos que en ciencia y cultura, que en industria, que en agricultura, que en milicia, que en Administración pública. No es... nuestra forma de gobierno un régimen parlamentario, viciado por corruptelas y abusos según es uso entender, sino al contrario, un régimen oligárquico, servido, que no moderado, por instituciones aparentemente parlamentarias».

De ahí su decisión de formar sin dudarlo **en las filas del republicanismo**, **abogando por su unidad**, siendo candidato electo en varios distritos, intentando con Santiago Alba y Basilio Paraíso un nuevo tipo de partido, la Unión Nacional, que fracasó por lo que hoy llamaríamos «mala química» entre los tres personajes y porque se adelantaba décadas a lo posible: una formación de masas, con cientos de «cuadros» preparados, con prensa, reuniones de debates internos, etc.

Su gran reacción efectiva consistió en demostrar que además del mítin y el artículo de prensa, la intervención parlamentaria o la conferencia, era

posible realizar aportes fundamentales para el cambio. De ahí, su encuesta y estudio sobre *Oligarquía y caciquismo...*, según Gil Novales «acaso el más importante de los publicados en España al alborear el siglo XX», a pesar de que Costa trabaja desde el Ateneo, con ánimo conciliador e invitando a numerosas personalidades («oligarcas y caciques») del régimen de la Restauración al que trata de criticar a fondo. Aun así, el paso está dado y esta obra supondrá la marginación de Costa de los centros políticos del sistema. Su elección como diputado republicano viene en momentos en que ha perdido casi del todo la esperanza en regenerar España: ya nada le consuela, y no desea ratificar con su presencia la corrupción política oficial.

Desde el punto de vista político, como ha escrito la archivera Ana María Rivas: «Costa se anticipó a algunos de los problemas que actualmente centran el debate político, económico, social y cultural de nuestras sociedades: la relación entre el Estado y la sociedad, el tema de la soberanía popular en una sociedad de masas, los límites de la participación política en una democracia formal, el respeto al desarrollo de los pueblos conforme a sus tradiciones y modos de vida en equilibrio con la naturaleza...».

Pero es demasiado tarde para un hombre ya mayor para la época, **derrotado por la enfermedad y por la ineficacia de sus propuestas**; así lo escribe a Giner en 1903: «ha concluido, creo, todo. Hace veinte años (política geográfica), aun veía o creía ver mucho; hace diez, y hace cuatro (Alto Aragón, Zaragoza), algo; hace dos (Ateneo), muy poco, un resplandor de crepúsculo; hoy, nada: cerrado del todo el horizonte: si algo veo, es que no existe camino» y en 1906 advierte y reconoce a Ciges: «no se puede contar conmigo ya para nada». Lo que modifica aún más cruelmente escribiendo a Bescós a menos de un año de su muerte: «En conclusión, que no valí nunca para nada, y ahora valgo todavía menos... Y he sido siempre un impotente. Habría debido declararme dinástico. Entonces habría hecho vida práctica y normal, sin engañar a los amigos ni engañarme a mí mismo».

Pero no es sólo el hombre, con ser ello muy grave. Es también muy duro el juicio que le merece su propia obra. Ya a semanas de morir, escribe a Aguilera y Arjona sobre ciertos escritos suyos afirmando que son «agua pasada y no le interesa a nadie».

Sin embargo, podríamos citar de nuevo al insustituible maestro del costismo, George J.G. Cheyne, que afirmó, como síntesis de sus estudios, que «antes que a un *gran fracasado*, yo veo en Costa a **un *gran frustrado***». Pero, añadiríamos, un gran frustrado no porque sus estudios, sus escritos, sus propuestas, no fueran casi siempre razonables, científicamente fundamentados y en muchos casos excelsos. Sino porque todo eso no tenía recibo ni seguimiento ni suficientes apoyos en la España de su tiempo, en aquella sociedad que Silvela declaró «sin pulso», en un régimen como el de la Restauración que lo mantuvo todo atado y pactado al servicio precisamente de sus tan combatidos oligarcas.

Como afirma Alfonso Ortí, «quizás ningún otro intelectual, ni siquiera ningún otro político de la España contemporánea estuvo tan obsesionado con definir un programa de gobierno concretísimo y operativo –directamente «gacetable», según su propia expresión– como Joaquín Costa. Y sin embargo, tras su muerte, la evocación de Costa quedó bien pronto reducida a una representación estética: la de una figura emblemática con la que matasellar y archivar –desde el punto de vista teórico y político– el movimiento regeneracionista del 98, dándolo por históricamente clausurado». No es el caso de Aragón que, siempre, y sobre todo en la actual democracia, ha mantenido encendida la brasa del recuerdo, la consideración, el orgullo por uno de sus principales hijos, lo que bien merecería del resto de toda España.

Ya que, como afirma Josep Fontana en su prólogo a la magistral biografía de Cheyne recién reeditada, a través de ella, «el titán nebuloso se transforma en estas páginas en un ser humano de perfiles precisos», y conocer también esos perfiles, supone «un paso adelante, puesto que vale más un ser humano real, por discutido que pueda ser, que un fantasma incoloro». Y tomando otras palabras suyas espero, con estas consideraciones que rodean y reiteran muchos escritos anteriores míos, haber contribuido a encontrar en la figura y la obra de Joaquín Costa esa «profunda lección acerca de la responsabilidad del intelectual y del precio que puede verse obligado a pagar si se mantiene fiel a ella».